

tantos enemigos á Federico Guillermo, que le obligó á echarse en brazos de Francia é Inglaterra; alianza tan repugnante á la política como á sus sentimientos, pues que llamaba á Jorge II *mi hermano el comediante*, así como este le llamaba á él *mi hermano el sarjento*. Sin embargo, el hábil Seckendorf supo separarle de aquella liga, y volverle á unir al Austria, dándole en feudo el Limburgo.

Su hijo Federico, por ser débil de salud y amante del reposo y de la soledad, era objeto de sus ultrajes, y despues lo fué tambien de su ódio cuando se dijo que queria casarse con la hija de Jorge II. Compraba libros y su padre se los quitaba; tocaba la flauta y su padre se la rompía, le daba de palos, le tiraba de los cabellos, le amenazaba con ahogarlo, y le ponía en prision. Habiendo intentado huir de aquella tiranía, fué sometido por su padre á un consejo de guerra como desertor, y atado á una ventana se vió obligado á ver azotada por el verdugo la jóven que habia tratado de auxiliarle en su fuga, maltratada por su padre la hermana que imploraba por él, y fusilado su confidente Katt. Él mismo fué condenado á muerte, y no se salvó sino por haberlo reclamado Carlos VI como príncipe del imperio.

Federico subió al trono á la edad de veintiocho años. Semejante á su padre en la actividad, en la franqueza de carácter, en la irascibilidad, economía é inclinacion á la justicia y á las armas, unia á estas cualidades el amor á la ciencia y á la filosofía libre, que habia sido trasplantada á Prusia por los fugitivos de Francia. Atrajo á su favor la opinion declarándose discípulo de Voltaire, el cual á su vez lo protegió con sus elogios y prometió al mundo un nuevo Tito. Bajo su inspiracion escribió Federico el *Antimaquiavelo*, libro en que satiriza la perfidia, la astucia, las arbitrariedades de los reyes; en suma, todos los vicios con ayuda de los cuales luego que subió al trono aspiró á engrandecerse.

En efecto, su política era la del interes; miraba la religion como una preocupacion conveniente para gobernar al pueblo, y eran sus dioses la fuerza y el ingenio, si bien nunca fué cruel. Habiendo adquirido un golpe de vista seguro por medio de la observacion y del estudio de la historia, formó el empeño de realizar y sobrepujar las esperanzas de sus antecesores; y ya que ellos habian conseguido el título de rey, adquirir el poder de tal y ejercerlo ilimitadamente en un campo proporcionado á la grandeza de su alma. Apenas subió al trono « estudia su posicion, abraza lo pasado, lo presente, lo porvenir; ve sus provincias desparramadas, las rentas cortas y cercenadas, el poder precario y rodeado de formidables vecinos; su casa no está ya limitada á los arenales del Brandeburgo como un siglo ántes, ha echado ramas extensas por todas partes; tiene posesiones cercanas y lejanas, á orillas del Báltico, del Weser, del Oder, del Elba, del Rhin, y hasta

en las fronteras de Suiza y de Francia, pero casi todas sin comunicacion entre sí, sin relaciones, siendo mas bien elementos de grandeza y ocasion de guerra que medios de fuerza. Su abuelo, adornando mas que consolidando esta naciente fortuna, habia tomado puesto entre los reyes de Europa; pero este esplendor es excesivo para las fuerzas de Prusia, y 35 ó 40.000,000 de renta no bastan para sostener este título prematuro. La casa de Austria y la Rusia abrazan sus Estados por los dos extremos, colosos con cuyas fuerzas no puede medir las suyas. La Sajonia linda con el Brandeburgo, y aquel extenso electorado, auxiliado por la Polonia, estando bien gobernado bastaria para vencer á Prusia. La Suecia ocupa sus fronteras hácia Pomerania, y los Suecos, siempre vencidos por el gran elector su bisabuelo, hicieron temblar á su abuelo en tiempo de un Carlos XII que puede renacer. En Alemania, la casa de Austria tiene desde hace mucho tiempo la mayor influencia, y Prusia, léjos de pensar en disputársela, le está casi siempre servilmente afiliada. Cuando el imperio abriga temores por la suerte de su constitucion é invoca los augustos tratados de Westfalia, que son su base, no busca protectores en su propio seno, sino que Francia es la que toma sobre sí el encargo de defender la libertad alemana. Si alguna casa del imperio pudiese aspirar á esta noble tutela, mas que la de Brandeburgo, parecia indicada la de Hannover, que subió no há mucho al trono de Inglaterra, y que podia poner en la balanza todos los medios de aquella poderosa nacion (1). »

Pero una cosa son las naciones y otra sus jefes, y bajo este concepto Federico podia abrigar buenas esperanzas. Y mientras tanto, ¿qué mejor medio de comenzar su carrera que el de acometer á la huérfana inermes de Carlos VI? Reclamó, pues, algunos territorios de la Silesia ocupados por el Austria á la casa de Brandeburgo; pero sus verdaderas razones eran un pingüe tesoro, setenta y dos mil soldados aguerridos, amor á la gloria y la persuasion de que los ingresos del país que pensaba atacar eran suyos y podia disponer de ellos. Verdad es que violaba los pactos; « pero la moderacion » es virtud que, atendida la corrupcion del siglo, no deben practicar los hombres con todo rigor (2). » El secreto de que se rodeaba, haciéndolo todo por sí mismo, desorientaba á los embajadores extranjeros que estaban en su corte como espías para prevenir y averiguar sus proyectos. Así fué que sin decir una palabra, sin dar aviso, sin buscar aliados ó mandar embajadores, al mismo tiempo que envió á Viena á proponer un acomodamiento, ocupó la Silesia, lo cual fué la chispa que promovió el incendio universal.

Acaudillaba los ejércitos el Pomeranio Schwerein que habia peleado con Malborough en Blenheim y con Carlos XII, y servido á diversas

(1) GUIBERT.

(2) *Histoire de mon temps*, c. 2.

potencias con un valor que pocos han igualado. El octogenario cardenal de Fleury, que no queria ser perjuro ante Dios como el rey filósofo, segun costumbre, trató de hacer de pacificador universal y garantizar el cumplimiento de las promesas; pero el mariscal de Bellisle que solia concebir grandes miras y exponerlas con evidencia, demostró cuánto convendria á Francia conmovier al Austria, su antigua émula, sosteniendo los pequeños Estados y agitar la Alemania, haciendo correr el oro á fin de que eligiese otro emperador que no fuese el esposo de María Teresa. Y en efecto, á pesar de que Carlos VII habia ya comprometido á su favor muchos votos, fué presentada la corona y parte de los dominios austriacos al elector de Baviera bajo el nombre de Carlos VII; Francia, España, Prusia, Polonia, Cerdeña, el elector de Colonia y el Palatino se unieron para repartirse la herencia habsburguesa, no dejando á María Teresa mas que la Hungría, los Países Bajos, la Baja Austria, la Estiria, la Carintia y la Carniola. Inglaterra conservaba aun su alianza con Austria, pero Walpole, árbitro del comprado parlamento, temia la guerra, y Jorge que veía amenazado el Hannover, prometió mantenerse neutral (1). En breve los Franceses invadieron la Alta Austria y el elector de Sajonia hizo que le declarasen rey de Bohemia.

Carlos VII.
1742.
24 de enero.

María Teresa, que entónces se hallaba en cinta, recorrió sus pueblos lamentándose de que no tenia una ciudad en que salir de su embarazo; se atrevió, lo que no hubiera hecho ningún rey de aquella época, á recurrir al amor de los pueblos, y se confió á los Húngaros, no obstante lo mucho que tenían por qué quejarse de su padre. Hermosa y no bien restablecida del parto, se presentó á la Dieta en traje nacional con la corona angélica y la espada, atrájose á los diputados aceptando el juramento de Andres II que habia sido abolido por Leopoldo (2), y pidió su proteccion para el archiduque niño. La Dieta exclamaba en su entusiasmo *Moriamur pro rege nostro Maria Theresia*; todo el que pudo llevar las armas se hizo soldado; formóse una infantería; nunca habian salido tantos productos de la fértil Hungría, nunca ni con la violencia se habian recogido tantos tributos como entónces se ofrecian voluntariamente, y el ardor llegó hasta la crueldad.

Francisco de Trenck, Prusiano, natural de la

(1) Tenia entónces Francia 180.000,000 de ingresos, de los cuales 30 se consumian en los intereses de la deuda; ciento sesenta mil soldados y ochenta y dos buques, entre navios y fragatas. España poseía sesenta mil soldados, cincuenta navios de línea y cerea de 60.000,000 de renta, despues de pagados los intereses. Inglaterra tenia ciento treinta navios de línea y treinta mil hombres de tropas regulares: de renta no percibia mas de 60.000,000 en tiempo de paz, pero en caso de guerra podia tener mucho mas. Holanda contaba cuarenta navios de línea, treinta mil soldados y 36.000,000 de renta. Rusia poseía ciento setenta mil hombres de tropa, cuarenta navios de guerra y 45.000,000 de renta. El ejército de Austria no llegaba á sesenta mil hombres, y aunque su renta era de 60.000,000 tenia muchísimas deudas.

(2) Equivócase Voltaire cuando afirma que aceptó tambien el artículo 31, que autoriza la insurreccion.

Calabria, educado entre los Croatas, adquirió entre estos valor, avaricia y desprecio del hombre. De grande estatura y de prodigiosas fuerzas, derribaba cabezas con suma agilidad; hablaba correctamente en siete lenguas; en el combate iba siempre á vanguardia; robaba cuanto podia, y todas sus presas las mandaba á sus castillos de Hungría. Habíase formado de los bandidos esclavones un cuerpo de panduros, que debian hacer continua guerra á los Turcos para proteger la Esclavonia, pero que á menudo saqueaban el país: si Austria enviaba tropas para refrenarlos, los derrotaban y se refugiaban en impracticables selvas: si un pueblo les hacia traicion, era arrasado, y en caso de ser vencidos, se sustituían unos á otros hasta que tomaban venganza. Trenck los cazó como á lobos matándolos cuando los cogia separados, y dejando á un lado la lealtad. Habiendo mandado empalar al padre de un harum-baja (así llamaban ellos á sus jefes electivos), mientras hacia la ronda junto al rio por la noche, le reconoció su hijo y le provocó á combatir en desafío: convino Trenck, y mientras se preparaban las armas, le tiró un pistoletazo, le cortó la cabeza y la clavó al lado de la del padre. Otra noche yendo por un bosque, oyó música en una casa, y entrando se halló en las bodas de un harum-baja. « Tú nos has perseguido, pero siéntate á la mesa; estás cansado, come, bebe y mañana nos veremos en el campo, » le dijeron los convidados, y aprovechando la ocasion descargó dos golpes sobre los mas cercanos y desapareció.

Casi los tenia vencidos, cuando habiendo empezado la guerra de Sucesion austriaca, obtuvo de la corte de Viena el permiso de formar un cuerpo franco, amnistiando á todos los aventureros que entrasen en él, y encerrados los panduros entre el Sava y el Sarzawa les propuso entrar en aquel cuerpo, aceptando ellos la ocasion de robar y derramar sangre. Estós panduros, vestidos de rojo y con grandes anillos de plata, renovaron en tiempo de la pia emperatriz los horrores de la guerra de los Treinta Años. Menzel, su jefe, les dió esta orden ante el ejército de Baviera (7 de enero de 1742): « Si la milicia se atreve á resistirme, no la reconoceré ya como á tal y no la haré castigar con las leyes de la guerra: de mí no tendrán que esperar sino el ser condenados á cortarse uno á otro las narices y las orejas, y despues entregados á la jurisdiccion civil para ser ahorcados. »

Los generales á quienes Carlos VI habia puesto en prision por el mal éxito de la guerra de Turquía, fueron empleados provechosamente por su hija que, ayudada con el oro de Inglaterra y de Holanda, envió al príncipe Carlos de Lorena con un buen ejército á ocupar y devastar la Bohemia, y habiendo tomado á Praga, dispuso en esta ciudad corridas de carros guiados por mujeres, tomando la misma María Teresa parte en ellas (1). Mientras tanto los Españoles ha-

(1) FANTIN DES ODOARDS, *Hist. de France*, tom. II.

Trenck.
1711-
1749.

Los
panduros.

1742

biendo desembarcado en Italia, se aproximaban por la Toscana á la Lombardia; atemorizado con lo cual el rey de Cerdeña se concertó con María Teresa para proteger el Milanesado y el ducado de Parma. Fleury, económico y no bien persuadido de la bondad de su causa, tuvo á Francia en movimiento, sin adoptar por eso medidas eficaces. El mas animado adversario de María Teresa, y segun decia esta misma, el mas generoso y benévolo, tan atrevido como Federico, y sin embargo, vituperado porque no alcanzó su empresa buen éxito, era Carlos VII, al cual no lisonjeara el ver por ambicion devastada la Alemania, y ademas se encontraba en tal escasez de medios que tuvo que aceptar de Noailles una letra de 40,000 escudos.

Verdad es que los Prusianos prevalecian por la unidad y la prontitud; pero Federico no se proponia mas fin que su propio provecho, por cuya causa hizo en Berlin la paz con María Teresa, adquiriendo la Alta y Baja Silesia, parte de la Moravia y muchos derechos, sin curarse para nada de los aliados. La guerra continuó con vária fortuna y los Ingleses tomaron parte en ella despues de haberse enemistado con España con motivo de los derechos de navegacion de que ántes hemos hablado. Jorge Anson, enviado por ellos á Chile y el Perú y el almirante Vernon, que estaba en el istmo de Panamá con cincuenta navíos de guerra, quince mil soldados de marina y otros tantos de desembarco, hicieron un inmenso botín. Peleábase, pues, por una herencia en los dos hemisferios. Pasarémos por alto las batallas y manejos de aquella diplomacia, que se llamaba ciencia de Estado, y que se agitaba en artificiosos y especulativos tratados, no teniendo ningun interes inmediato en aniquilar al Austria. Escocfanle á María Teresa las concesiones hechas á Federico y se preparaba aliados para recobrarlas. Con este objeto hizo largas concesiones al rey de Cerdeña, pero en compensacion aspiraba á la posesion de Nápoles, y Lobkowitz, enviado para invadirlo, devastó los Estados del papa, que en vano habia permanecido neutral, é hizo en Velletri una de aquellas guerras de movimientos que lo devastan todo sin resolver nada.

Francia, que hasta entónces solo habia intervenido como aliada, bajo pretexto de los *escritos incendiarios* difundidos por los ministros de María Teresa, le declaró á la sazón la guerra. Federico II se manifestaba indignado de la obstinacion de María contra el emperador legítimamente elegido, al cual queria no solo rechazar y obligar á que renunciase, sino privarle hasta de las posesiones hereditarias; Federico, pues, diciéndose obligado á defenderle como á su señor soberano, y á sostener el voto emitido por los electores, propuso condiciones, y no habiendo sido escuchado, se alió con Francia y con los Estados del imperio. Á esta *union de Francfort* opuso la reina de Hungría la cuádruple alianza del rey de Polonia, el elector de Sajonia, la Gran Bretaña y la Holanda, y se preparó á perpetuar

una guerra que lamentaba toda Europa. El ejército frances estaba mandado por uno de los mejores capitanes, el mariscal de Sajonia, el cual aumentó la importancia de la artillería y de los rápidos movimientos y derrotó á los Austriacos en Fontenoy y en Raucoux. Una *pragmática armada* expedida por Inglaterra, que especulaba con sus azotes, penetró en Alemania por el Hannover; el *martillo de oro* de esta abrió las *puertas de hierro de los Sajones*; la Holanda siguió á Inglaterra como una *chalupa sigue á un navío de linea* (1), y el país quedó arruinado mientras Franceses y Españoles llevaban á cabo en Italia hermosas é inútiles empresas. Para desalojar á Lobkowitz de las Legaciones donde mandaba como conquistador, fué Gáges con los Españoles y se unió al ejército que Francia mandaba por Génova, que habia declarado guerra al rey de Cerdeña á causa del Finale, marquesado que le habia sido vendido por Carlos VI y dado entónces por María Teresa á Carlos Manuel III bajo pretexto de que le auxiliaba para ponerse en correspondencia con las potencias marítimas. Setenta mil enemigos reunidos tomaron á Tortona, Plasencia, Pavia, Asti, Alejandría, Casal; derrotaron al rey en Bassiniana y los Españoles entraron en Milan. Carlos Manuel se rehizo y mientras estaba en avenencias derrotó á los Franceses, que se vieron obligados á reparar los Alpes, y ocupó á Sabona y el Finale. Génova atemorizada abrió las puertas á los Austriacos, acaudillados por el marques Antonio Botta Adorno. Estos, para secundar á Inglaterra, que queria vengarse de los males que le habian causado los Franceses sosteniendo al pretendiente en Escocia, se habian escarpido hácia la Provenza, pero sus brutales maneras irritaron al pueblo genoves, que insurreccionándose los acuchilló y expulsó (2).

En este medio tiempo Carlos VII, que se habia retirado á vivir oscuramente en Francfort, y debia haber recibido una corona que le costaba tantos pesares, murió, y su hijo se reconcilió con María Teresa, la cual le restituyó los países que le habia quitado, á condicion de que diese su sufragio á Francisco de Lorena y reconociese el voto electivo de la Bohemia, por cuya causa el duque de Lorena fué elegido emperador á presencia del ejército austriaco. Aquí mas que nunca se puso en juego una política tortuosa: Inglaterra y los Estados Generales lamentándose de que Austria ganase tanto en una guerra emprendida solo por su culpa, amenazaron con que tratarian aparte con Francia; María Teresa con una obstinacion que solo el éxito justifica, se negó á todo trato, declaró que su conciencia le prohibia disminuir el patrimonio de su hijo y la integridad jurada, é hizo alianza con Rusia y Polonia, en evidente perjuicio del rey de Prusia, con el cual estaba en tratos. Rusia, en efecto, que entónces por primera vez tomaba parte

(1) Expresiones todas de Federico II.
(2) Véase mas adelante, cap. 28.

Paz de Arquis-gran. 1748. 28 de octubre.

directa en los acontecimientos de la Europa Meridional, envió al socorro de la emperatriz treinta y siete mil hombres hácia el Rhin: irrupcion que asustó á Europa y la hizo inclinarse á la paz, la cual fué concertada en Aquisgran. Su base fué la restitucion de los prisioneros y de las conquistas hechas en Europa y en las Indias. Por lo tanto, Francia volvió á Don Felipe los Estados de Parma, Plasencia y Guastala: al rey de Cerdeña le fueron confirmados sus derechos á las posesiones del Vigevanasco, parte del Pavésado, el condado de Angera, otorgados por María Teresa en el tratado de Worms de 1743, así como el Tesino, que quedaba como frontera desde el lago mayor hasta el Po: el Finale quedó para los Genoveses, que, como en el ducado de Módena, fueron restablecidos en los derechos antiguos. Los que se creian con algunos á las posesiones de que se estaba disponiendo, mandaron al congreso protestas que este registró y nada mas.

Inglaterra habia querido mantener el equilibrio mediante los subsidios que pagaba lo mismo á la Rusia que al Austria, de suerte que tuvo la direccion de la guerra y el arbitrio de la paz, persuadiendo al mundo de que era necesaria. Reconociase la pragmática sancion por una parte y por otra la sucesion de la casa de Hannover al trono de Inglaterra: á Prusia le quedaron el ducado de Silesia y el condado de Glatz, con lo cual se descompuso la unidad germánica, estableciéndose una potencia émula del Austria, y que no teniendo antiguas alianzas, al buscarlas nuevas, habia de desconcertar las ya existentes.

La paz de Utrecht, despues de tantos desastres, habia dejado á Francia mas grande todavia y échole asequible el trono de España: la de Aquisgran, despues de tantas victorias, no le produjo ningun fruto, como no fuera la recuperacion del Cabo Breton, y en vez de aniquilar al Austria, la hizo mas poderosa que nunca. María Teresa, educada por su padre en la idea de poseer la monarquía sin division, la consideraba como un depósito que hubiera sido impío violar. Por esta razon, aunque todo lo debia á Inglaterra, cuando el embajador de esta potencia fué á presentarle sus felicitaciones por haber hecho la paz, le respondió que debiendo mas bien darla el pésame, podía excusarse la conferencia.

Inglaterra formó una justa opinion de sus propias fuerzas al ver que Francia no podia igualarla en renta ni en fuerzas marítimas, así como ella no podia compararse con Francia en cuanto á ejércitos terrestres. Los fuertes se convencieron de que podian dañarse, pero no destruirse. « Porque el arte de la guerra se ha perfeccionado, porque la política sabe establecer una balanza de poder entre los reinantes, y las grandes empresas producen raras veces los grandes efectos que de ellas se esperan; fuerzas iguales por ambas partes y la alternativa de victorias y derrotas hacen que al fin de la guerra mas empeñada se encuen-

» tren los enemigos sobre poco mas ó ménos en el estado en que estaban ántes de emprenderla. » Por último, la falta de fondos obliga á hacer una paz que debia ser obra de la humanidad, « no de la necesidad (1). »

Empero todos conocian que la paz no podia ser duradera, porque los enemigos eran fuertes y estaban irritados.

CAPITULO V

Federico II. — Guerra de los Siete Años.

Ya los acontecimientos que hemos referido nos han dado á conocer á Federico II de Prusia. Era Federico de corta estatura y figura poco agradable, de mucha memoria, escasa imaginacion, poco dado á los placeres del cuerpo, excepto el de la mesa, y mucho á los del espíritu, á los epigramas y á las sátiras; lógico puro, no sabia comprender las bellezas de las artes antiguas, ni la profundidad de la ciencia moderna. Amó mucho á sus padres, poco á su esposa, y quizá á ninguna otra mujer: tuvo amigos, no favoritos, y trataba á aquellos como iguales, sabiendo valerse de ellos en las ocasiones. Protestaba que aborrecia la afectacion y el fingimiento, pero bajo un aspecto de franca confianza sabia disimular y disfrazar sus proyectos. Los primeros disgustos domésticos que tuvo debilitaron su benevolencia, y luego que pasó su juventud, la franqueza dejó su lugar á la acrimonia, y al fin de su vida estuvo retirado y solitario. Su fuerte voluntad le hacia triunfar, y parecia obstinado en sus proyectos porque los habia meditado muy largamente. En los peligros manifestaba grandeza de alma y actividad, y era rico en recursos. Ganaba las batallas con valor, á los ricos con títulos, á los literatos con proteccion, las conciencias con libertad, á los vencidos con respeto, y á los necesitados con socorros. Toleró la libertad de imprenta, y no hubo ningun rey que fuese blanco de tantos libelos y los dejase tan impunes. Viendo una vez mucha gente al rededor de un pasquin satírico contra él, le hizo poner mas bajo para que le leyesen con mas comodidad. Decia: « Estamos de acuerdo: yo dejo decir á mi pueblo lo que quiere, y él me deja hacer lo que mas me agrada. » Pero no hacia esto tanto por espíritu liberal como por la confianza que tenia en las bayonetas, y refiriéndole que uno hablaba mal de él, dijo: « ¿ Cuán- » tos miles de hombres tiene á su disposicion? »

Acogió en su corte á muchos doctos franceses y á los Italianos Algarotti y Denina; en su conversacion era vivo, libre y simpático, y mordaz sobre todo en el tema que era moda entónces, la irreligion. Su penetracion en conocer las debilidades y los defectos no manifiesta buena índole; lo mismo que en las chanzas que usaba

(1) Carta del 2 de enero de 1759 á Fouquet.

Carácter de Federico II.

1743. 8 de enero.

49 de diciem. bre.

1746.

5 de diciem. bre.

1745. 20 de enero.

1746. 22 de mayo.